

EL AMIGO CATÓLICO,

DEFENSOR DE LOS LEGÍTIMOS INTERESES SOCIALES:

RELIGION, FAMILIA, PROPIEDAD

Y ÓRGANO DE

LOS CIRCULOS CATÓLICOS DE OBREROS.

FUNDADOR Y DIRECTOR:

Dr. D. Manuel Gonzalez Francés,
Canónigo magistral.

CENSOR ECLESIASTICO:

Dr. D. Manuel Jerez Caballero,
Canónigo penitenciario.

SECCION DOCTRINAL.

LO QUE SUCEDE.

Hace ya muchos años que se viene diciendo y asentando como principio inconcuso, que España es un país católico en su inmensa mayoría, que es una nación por excelencia católica; que aun conservamos la fé y la religiosidad que en tiempos de feliz recordación llevaron á nuestros antepasados á empresas verdaderamente legendarias; que el hombre de la tribuna, el hombre de la espada y el hombre de la ciencia animan aun en sus pechos aquella ardiente llama que nos diera días tan gloriosos como los días de los Concilios de Toledo, empresas tan colosales como las de Covadonga y Granada, las de Lepanto y Bailen, y páginas tan brillantes como las de Cervantes Saavedra, San Juan de la Cruz y la Doctora Seráfica.

Pero si bien esto es una verdad, especulativamente hablando, si bien esa afirmación puede aun sostenerse en tesis general y atendiendo á los gérmenes de aquella grandeza y elevación pasada de nuestra amada patria, gérmenes que aun se conservan puros en muchos corazones españoles y que en tiempos, tal vez no lejanos, pueden producir ópimos y sazonados frutos que nos devuelvan nuestra pristina lozanía, hoy sin embargo esa afirmación es un horrible sarcasmo; esa afirmación es una falsedad, prácticamente hablando, con la que, ó pretendemos neciamente engañarnos para no abrumar nuestra alma con el peso de una realidad tristísima y desconsoladora, ó de la que abusan algunos espíritus malvados para adormecer á los buenos en sus laureles y, aprovechando tal adormecimiento, clavar á mansalva y, mediante una propagan-

da tan activa como funesta, el venenoso diente de la impiedad en los corazones incautos, sencillos é ignorantes.

Nosotros creemos que debe darse la voz de ¡alerta! á los católicos verdaderos y decirles, sin embages ni rodeos de ninguna especie, para oponer remedios heróicos á los males extraordinarios de nuestros dias. «Católicos: la religion santa que profesamos en el bautismo, la religion que con Recaredo arrojó de nuestra península la funesta heregía arriana; la religion que en una epopeya de siete siglos gloriosos empujó hasta las africanas costas el ominoso poder de los hijos de Agar y discípulos de Mahoma; la religion que sacó de su mismo seno los heróicos cruzados de la Edad Media; la religion que, como buena madre, dió á luz y amamantó las inolvidables órdenes monásticas, que á su vez produjeron hombres tan gigantescos como Domingo de Guzman é Ignacio de Loyola; esa religion, en fin, que tuvo á raya á los discípulos de Lutero y de Calvino, de Zwinglio y Búcerro, de Enrique VIII y de Isabel la buena, y que detuvo en su marcha triunfal las águilas de Napoleon I, y con ellas la asoladora invasion de los funestos principios de la revolucion francesa, esa religion, decimos, váse hoy reduciendo de

una manera lastimosa; son muy pocos los católicos que lo son en espíritu y en verdad. Es necesario, pues, que los que aun conservais la fé en toda su pureza, los que sois católicos de corazon y de palabra, despertéis de vuestro letargo y opongais un dique al manso pero creciente empuje de la indiferencia, de la impiedad y del racionalismo positivista que son las verdaderas llagas que á nuestra sociedad corroen.»

Si, es necesario decirlo de una vez: España en su inmensa mayoría es indiferente en materias religiosas, no tiene mas Dios que el Dios de Epicuro, ni mas creencia que el cibaritismo positivista, única ley que rige é impera en nuestras sociedades. El mal, como se vé evidentemente, es radical, profundo, extraordinario, y es preciso combatirlo con remedios tambien extraordinarios, profundos y radicales.

Para que no se diga que hacemos rotundas afirmaciones sin presentar pruebas de nuestros asertos, vamos á presentarlas tan claras y palpables, como que están en las conciencias de todos aquellos que con ojo atento y entendimiento pensador vienen observando la marcha de nuestras sociedades y el movimiento religioso, especialmente en los años que van pasados del presente si-

glo y muy particularmente en las cuatro últimas décadas.

No nos proponemos ahora señalar las causas que á tal estado nos han conducido progresivamente, por que ellas, además de estar en la conciencia de todos, acaso, su enumeracion, concitaría sobre nosotros las iras de los fautores y concáusantes y, tal vez, se juzgara que invadíamos un terreno para nosotros vedado. Concretémonos, pues, á consignar los hechos evidentes que hacen á nuestro intento, dejando al lector inducir y deducir sobre los orígenes y causas de nuestro actual estado religioso.

Es cierto que á principios del siglo actual, salva raras excepciones, España era una nacion fervorosamente religiosa; por las venas de sus hijos corria aun aquella sangre cristiana tantas veces derramada por la fé en los campos de batalla y en los circos donde morian los mártires; el celo ferviente de los hijos de la Iberia ostentábase todavia en las frecuentes reuniones en los templos, apenas capaces para contener á la multitud que presurosa acudia á sanar sus almas con la recepcion de los santos Sacramentos; casi no habia un español que dejara de cumplir y observar escrupulosamente los preceptos de la santa Iglesia; y buena prue-

ba son de esta verdad consoladora la prudencia astuta con que, para no lastimar los sentimientos religiosos de nuestro pueblo, procedieron los afrancesados volterrianos que empezaron la inicua obra de descatolizar á España, y aquel grito unánime con que respondió á temerarias y absurdas pretensiones el pueblo del dos de Mayo.

A contar desde aquella fecha, tristemente memorable, nuestro estado religioso-social ha ido progresivamente en decadencia; y la matanza de los frailes, y el despojo de la Iglesia, y la demolicion de los templos y las leyes regalistas, y por último, la persecucion desapoderada y sin trégua, que se desencadenó en los últimos años, ya partiendo de las altas capas sociales, ya teniendo su origen en el odio feróz de las masas inconscientes contra la religion y sus institutos, son otros tantos monumentos que señalan el progreso de nuestra decadencia religiosa. Es verdad que en nuestro pais no han tomado carta de naturaleza ninguna de las religiones falsas, ni las sectas protestantes han hecho prosélitos que con fé abracen sus confesiones; pero si han contribuido con la procáz masonería á infiltrar en nuestro pueblo el frio indiferentismo y el positivismo materialista.

Las prácticas religiosas, el exacto cumplimiento de los preceptos de la Iglesia, la sumisión á la voz de los Prelados, especialmente cuando ofrecen medios extraordinarios de santificación, son un barómetro seguro para conocer el estado religioso de un pueblo. Pues bien: la estadística eclesiástica nos dice con cifras elocuentes que, á lo menos en las grandes capitales, el catolicismo se halla en decadencia. Consultados los datos que arrojan algunas de aquellas, resulta que hace muchos años se encuentra una progresión constante en su decenso, quedando reducido á la cuarta parte el número de los que pueden llamarse verdaderamente católicos.

Y ¿cómo han respondido los católicos de España á esos acontecimientos grandes, extraordinarios que acaban de realizarse en el seno de la Iglesia? Nosotros no hemos de decirlo, dejamos la respuesta para que cada uno, puesta la mano en su conciencia, diga si le han parecido en verdad dignos de lo que esperarse debía de un pueblo católico en su mayoría inmensa. Para nosotros, pues, es evidente que hay un mal gravísimo, que la religion, prácticamente hablando, tiende á retirarse de nuestra amada patria por culpa de todos, y principal-

mente por la criminal inercia de los buenos, en quienes están gráficamente cumplidas aquellas palabras de Jesucristo. «Los hijos de este siglo (los malos) son mas prudentes que los hijos de la luz.»

Tambien es para nosotros evidente que solo hay un remedio para volver á nuestra pasada grandeza, á la reconquista de nuestra fé y de nuestro celo religioso, y es: la agrupacion de los que aun no se hallan contaminados de la epidemia que hoy merma las huestes del catolicismo, en derredor de sus legítimos Pastores, los Prelados de la Iglesia; la sumisión incondicional de todos y de toda clase de intereses ante los altos intereses de la religion. Males grandes necesitan remedios heróicos, y los remedios heróicos no se alcanzan sino con toda clase de sacrificios.

A. Soriano y Barragan.

DOCUMENTOS IMPORTANTES.

CARTA DEL PAPA AL EMPERADOR DE RUSIA.

Leon XIII, Papa, al serenísimo y poderosísimo emperador y rey, salud.

Por los impenetrables designios de Dios, y sin mérito alguno por nuestra parte, hemos sido elevado al puesto del Principe de los Apóstoles, y cumplimos con un

agradable deber, apresurándonos á poner este hecho en conocimiento de V. M. real é imperial, bajo cuyo cetro potente y glorioso se hallan gran número de católicos.

Sintiendo que no existan hoy las relaciones que antes habia entre la Santa Sede y V. M., apelamos á la magnanimidad de vuestro corazon para obtener que ia paz y la tranquilidad de las conciencias sean devueltas á parte tan numerosa de vuestros súbditos. Y los súbditos católicos de V. M., como les impone la fé que profesan, no dejarán de mostrarse con la más escrupulosa sumision respetuosos y fieles á V. M.

Plenamente convencidos de la justicia de V. M., imploramos al Señor que nos conceda los dones del cielo con abundancia, y le suplicamos se digne unir á V. M. con Nos por medio de vínculos de la más perfecta caridad.

Dado en Roma, en la basílica de San Pedro, á 20 de Febrero de 1878. Año primero de nuestro reino.—LEON XIII.

CONTESTACION DEL EMPERADOR DE RUSIA Á SU SANTIDAD LEON XIII.

PETERSBURGO 22 de Febrero (ó de Marzo.—Hemos recibido la notificacion que nos ha enviado de su advenimiento al trono pontificio, con los deseos que nos manifiesta de que las buenas relaciones entre nuestro gobierno y la Santa Sede

católica romana, puedan restablecerse, para utilidad de los pueblos de nuestro imperio que profesan esta Religion. Participamos del deseo de Vuestra Santidad. La tolerancia religiosa es un principio consagrado en Rusia por las tradiciones políticas y las costumbres nacionales.

No hemos sido causa de que la Iglesia católica romana, como todas las que existen en nuestro imperio bajo la proteccion de las leyes, no cumpla con plena seguridad la mision que la Religion completamente extraña á las influencias políticas está destinada á cumplir para edificacion y moralizacion de los pueblos. Vuestra Santidad puede estar seguro de que, dentro de estos limites, toda la proteccion compatible con las leyes fundamentales de nuestro imperio, las cuales es nuestro deber hacer respetar, será concedida á la Iglesia, de la que sois jefe espiritual, y de que secundaremos con premura todos sus esfuerzos dirigidos al bienestar religioso de nuestros súbditos del rito católico romano.—ALEJANDRO.»

DISCURSO

Leido por el señor presidente del consejo superior de la juventud católica de España en la apertura de la segunda asamblea general.

Eminentísimo Señor:

SEÑORES: En la primera carta dirigida por Pio IX el Grande á la Academia de la Juventud Católica

de Madrid, se leen estas palabras: «Nos han sido muy gratos vuestros homenajes y no dudamos de que defendereis con hechos y palabras la fé tan antigua en España, y que tanto rebosa en vuestra carta, y que lo hareis con tanta constancia y libertad, que se vea que las más adversas circunstancias no tendrán fuerza para quitar á ese reino su principal gloria.»

Permitid, señores, que una con estas palabras el recuerdo del Pontífice amado de la Juventud Católica con el mejor timbre de vuestro glorioso escudo. Habeis cumplido por vuestra parte este deseo de Pio IX, trabajando por espacio de nueve penosísimos años, constante y libremente, y con heróico teson, para que España no sea privada de su más legítima gloria. Al veros reunidos aquí despues de largo tiempo de dispersion y de quebrantos, no puedo ménos de recordar aquellas honrosísimas palabras, dignas de escribirse en la primera página de vuestra historia de oro.

En tanto que esta pátria española sufría dolor y letargo de muerte; mientras que la fé cristiana, con amoroso cuidado guardada por nuestros padres, estuvo como á punto de perderse en nuestras manos; al paso que la revolucion ostentaba ufana sus lastimosos triunfos, una sociedad de jóvenes católicos se reunía en Madrid para intentar empresas, por lo arriesgadas, casi locas; quizá insensatas de puro grandes. Eran aquellos dias, en que es-

to se hizo silenciosamente, dias de agenos triunfos y de propias amargas tristezas. Rugia la tempestad en derredor nuestro de tal modo, que el más confiado desconfiaba de todo, ménos del superior auxilio. Proclamábase á voz en grito, con gritería infernal, la libertad de cultos; y como para sellar el pacto hecho por la revolucion española con el crimen y la violencia, turbas desenfrenadas arrastraban por esas calles, en noche tristísima, el emblema pontificio, y gritos de muerte llegaron á todos los oidos, abiertos para escuchar la voz doliente de la Religion ofendida.

En aquellos mismos momentos, cuya memoria no se borrará jamás, celebrábase una de las primeras sesiones de la Juventud Católica de Madrid. Pocos éramos entonces los que de esta manera arrostrábamos las no cansadas iras de la revolucion triunfante; pero ha querido Dios que como recompensa de aquel esfuerzo, veamos reunidos una y otra vez, y en general Asamblea, no á unos cuantos jóvenes que entonces fuimos, sino á las legítimas y numerosas representaciones de la Juventud Católica de España.

En una nacion donde las instituciones más arraigadas pasan como sombras fugitivas, este hecho singular de una institucion humildemente creada, tenazmente combatida, y sin más auxilio verdadero que el propio generoso aliento, bien merece la consideracion de propios y extraños. Yo no sé si aquellos

que por su desdicha y por su voluntad son nuestros enemigos verán en la Juventud Católica lo que hay digno de ver: mas entiendo que los católicos españoles fian en ella tanto como en una institucion salvadora por su misma naturaleza y por los fines á que aplica su actividad fecunda. Y si el amor que la profesado no oscurece mi entendimiento, y si el cotidiano pensar en ella no me engaña, paréceme que de esta institucion han de proceder grandes venturas para la Religion y para la pátria.

Mirad, señores, que por la misma fuerza de su natural condicion atiende y se dirige á diferentes y altos fines. Mirad que en virtud de esa misma condicion cultiva á un tiempo las letras y las ciencias y se ejercita en santos y piadosos ministerios, llevando así al entendimiento, sosegadamente, y como por ancho y fácil camino, á postrarse humilde ante el altar de la fé. Mirad que en el seno mismo de esta sociedad engañadora, de este progreso moderno, de esta civilizacion fementida, arrebatada á la civilizacion, al progreso y á la sociedad su mejor esperanza, convirtiendo á la juventud en apostolado de la ciencia y de la fé.

En estos trascendentales propósitos que Dios ha colmado hasta hoy de bendiciones, ha de fijarse con singular empeño la Juventud Católica de España. A no perder estos caracteres habeis de aplicaros vosotros los mandatarios de esta A: o-

ciacion gloriosa, llamados á confirmar su nativo espiritu y á depurarle en el crisol de una discusion racional, sensata y bien intencionada. Atended á que de vuestro celo y discrecion depende la suerte de una institucion provechosísima, esperanza de la pátria, consuelo de la Santa Sede, cifra y resúmen de los mas desinteresados propósitos. Tened muy en cuenta, porque así importa, que la bendicion del Vicario de Jesucristo ha caido sobre ella, haciendo mas seguros y sabrosos sus esquisitos frutos. No olvidéis que si el humano gemir puede llegar al cielo, así en la risueña hora de la alborada, como en la misteriosa quietud de las tinieblas; que si la obra del bien merece la proteccion celeste en el cláustro sombrío donde duermen las almas afortunadas sueño de bienandanza, como en medio de las nunca acalladas tempestades de la vida social; la Juventud Católica puede y debe, y no es otra su mision, alcanzar venturosos triunfos en todas las circunstancias de la vida pública y de la vida privada, así en el tranquilo y sosegado goce de las tareas literarias, como en el ruidoso y constante pelear de la discusion y de las contrariedades, como en la práctica de las virtudes. ¡Feliz institucion esta de que sois representantes y guardadores, á quien tan altos destinos confió la Providencia!

Edad de oro de la humana vida, esta en que nosotros vivimos toda-

vía, pensamos que al ardor de la juventud ha de fiarse el logro de las mayores empresas. El suave impulso de las ilusiones juveniles, no del todo apagadas por las grandes enseñanzas que hemos recibido, puede empujarnos por un derrotero peligroso, á cuyo fin hallemos el mayor desencanto. Preciso es que, haciéndonos superiores á nuestra natural condicion, pensemos como ancianos y obremos como jóvenes. La caída de grandes imperios y de tronos seculares, el desbordamiento siempre creciente de las revoluciones políticas y sociales; el ejemplo de los grandes castigos, cuyo eco ha llegado á nosotros, han de despertar en la juventud la reflexion y el juicio. Fácil es soltar la rienda á los poderosos impulsos que anidan en todo pecho juvenil, y considerar como al alcance de la codiciosa mano el premio de nuestros afanes; pero es mejor, repito, pensar sesudamente en la eleccion de los caminos que al bien conducen con mayor seguridad y acierto. Si así obramos en cuanto á los fines de nuestro instituto se refiere, de cierto que el Eterno Maestro de verdades no ha de echarnos en cara un solo acto de indiscreto ardimiento. Mas no nos dispensa la madurez del juicio de la fortaleza y de la constancia en el bien obrar. Antes por el contrario, mas enconado é incontrastable ha de ser el empeño, cuanto mas detenida y acertada haya sido la resolucion. En esto de obrar, ha

de ser la Juventud Católica lo que el cielo quiso que fuese. Virtudes de los pocos años, son la vigilancia constante, la fiereza en la lucha, el nunca domado impetu, y guarde Dios en nuestros pechos, por muchos años, estas excelentísimas cualidades.

Avivalas el favor divino, el mútuo generoso ejemplo y las obligaciones que voluntaria y libremente hemos contraído al entrar por esas puertas, y empléemoslas en combatir sin trégua ni descanso á los naturales contrarios. ¿Cuáles son estos? ¿Contra quién ha de emprender la Juventud Católica esa nueva cruzada á que los sucesores de Urbano II nos llaman hace cincuenta años? ¿Es menester que yo lo diga? ¿Necesita ser repetida la proposicion 80 del *Syllabus* en este recinto y por boca tan poco autorizada como la mia? Por si fuere preciso, por si importase desvanecer alguna duda, por si alguien, que no lo creo, no hubiese alcanzado del todo el hondo sentido de esta asociacion, diré yo, hasta hoy su indigno jefe, que la Juventud Católica no tiene otra bandera que la bandera inmortal del *Syllabus*, segun la entendió, explicó y definió el gran Pio IX.

A la sombra de esta bandera podeis agruparos todos los jóvenes católicos de buena voluntad y de recta intencion. Nosotros no estamos ligados á ningun fin humano: nosotros no tenemos otra política que la política de Dios, ni aspira-

mos á gozar de otra soberanía que de la inmortal de Cristo. Nosotros no seguimos á otros jefes que no sean los puestos por Dios para el gobierno de su Iglesia, y sabeis, señores, que esta declaracion no encierra artificio alguno retórico ni tiende á engañar á nadie.

Pero entended tambien que quien blasona de hijo de la Iglesia ha de imitarla en el dulce empeño de ganar voluntades, y no ha de llevar á las almas descarriadas al redil amoroso por abruptos caminos y fatigosas asperezas. En este apostolado de la Juventud Católica ha de moderarse el natural impulso que con grandes voces llama á rebato y guerra cada vez que hemos de tratar con los no amigos; mejor conviene dejar para los casos de rebelion abierta el golpe fiero. Anchos son ciertamente los caminos que dió á la Juventud Católica su primitivo estatuto; no hay alma bien aconsejada que no pueda franquearlos. Mas de adentro no ha de mostrarse hosco quien espera; mejor conviene que con amoroso interés acoja al recién llegado, y si este, por desdicha, todavia no viese del todo y en su adorable intensidad la luz del cielo, oblíguete á mirar á lo alto con solicitud amorosa.

Bien sé yo que no necesitais de estos consejos, vanos del todo en la ocasion presente; bien sé que á todos guia el mismo sobrehumano intento, y que la union aumenta vuestra fuerza; mas, por si mis pa-

labras resonasen acaso fuera de este recinto, adviertan á todos los que aquí pueden venir, que en ganar voluntades y en atraer corazones pensamos de continuo. Por fortuna de nuestra asociacion, no hay en su seno opuestos y encontrados bandos que turben la dulce paz que en ellas reina como en casa propia, ni los merecimientos que en su servicio se alcanzan ofrecen otra cosa que satisfacciones íntimas. No hallará aquí el ambicioso escabel donde asegurar su planta; no son estos los caminos por donde se sube á la cima de las humanas glorias ó por donde se llega á las buscadas prosperidades.

En esta profesion que hacemos, á manera de firmísimo voto, de romper con el mundo y de no mezclar el recuerdo de la utilidad personal y del interes liviano en el ministerio altísimo de servir á Dios y á la pátria. No son aquí funestas máscaras de torcidos intentos las santas voces de Religion y España; no hay aquí premios para el falso patriotismo y para la fé mentida; antes bien, para hacer más nobles y más puros vuestros esfuerzos, acontecen á deshora sacrificios y quebrantos que solo pueden conllevar los verdaderos hijos de la Iglesia.

De esta excelente virtud vuestra, que apenas comprenden los que con vosotros no están, procede la maravillosa eficacia de esta Asociacion. Arrastra á los hombres el torbellino de sus pasiones, y mué-

veles á injusticia y ódio su indomable interés y acostúmbrense á mirar con ceño lo que es virtud ajena; pero impera á la postre en su corazón el nativo anhelo de la verdad y del bien é inclínanse al cabo á su profesion y servicio. Cuando los turbios vapores que subidos de lo hondo de la concupiscencia oscurecen el alma humana hasta en sus más altas cumbres, vívida y esplendorosa aparece la luz clarísima de la virtud para disipar todas las tinieblas.

Por eso ¡oh jóvenes católicos! cosechará al fin vuestro admirable ejemplo toda suerte de venturas. Por eso se impondrán con fuerza incontrastable vuestro tesón y vuestra fé. Por eso sonará algún día la hora en que por todas partes se oigan las alabanzas de la Juventud Católica y recoja á manos llenas sus legítimos resultados.

Os impone grandes deberes esta misión de que os hallais como investidos. Las necesidades de la Iglesia en España son tantas y tales, que no hay fuerza humana capaz de satisfacerlas. De tal modo apremian, que es urgentísimo su remedio. A tanto alcanzan, que no será vano todo esfuerzo. Bien sabéis que carecemos de enseñanza católica, de organización católica, de propaganda católica, de obras sociales católicas. En España no dormimos los buenos, pero dormitamos. Es preciso, por tanto, despertar, y despertar movidos por tal impulso poderoso, que nos ponga,

no ya en pié, sino en pié de guerra. De guerra, claro es, en el sentido que aquí podemos dar á esta frase; en el sentido de que empeceemos una campaña contra el error y la impiedad, contra los enemigos de la Iglesia, contra las sectas filosóficas y religiosas, y empleando vigorosamente las armas que la ciencia y el amor á Dios ponen en nuestras manos.

Esfuerzos generosos que yo me complazco en elogiar solemnemente en este día, han empezado algunas grandes obras. La idea de una gran asociación de católicos, el establecimiento de una Universidad cristiana y algunos otros proyectos importantísimos, han empezado la senda de la prosperidad. Pero no sé que vientos contrarios han agostado esas plantas cuando empezaban á florecer. Preciso será que con el ardor de su natural condición acaricie la Juventud Católica esos planes, y se entregue noble y cuidadosamente á su estudio y planteamiento.

Aun dentro de sí misma, tiene muchas y muy grandes cosas que alcanzar. La propaganda de su mismo instituto y de las buenas doctrinas católicas, es sin duda la primera de sus obligaciones. Atienda á ella con asidua preferencia, y logre con la ayuda de Dios que nuevos centros se formen en todas las grandes poblaciones y restablezcan aquella red de santos lazos que en 1872 unia á los jóvenes católicos de España por medio de 80

Academias. Con Pio IX no ha muerto el prisionero del Vaticano. Todavía no ha bajado el ángel que ha de romper las cadenas del sucesor de San Pedro: todavía recibe el mundo la bendición apostólica al través de las rejas forjadas por una revolución impia, debeladora de santos alcázares. La primera Asamblea de la Juventud Católica organizó sabiamente el Dinero de San Pedro, y según después se os dirá, no en vano. Pero esta obra, como todas las que estaban unidas con nuestra sociedad ó por ella patrocinada, casi desapareció del todo al fiero embate de sabidos sucesos, y es menester traerla de nuevo á vida venturosa y próspera.

En la discusión tranquila y ordenada de los proyectos que el Consejo superior ha de someter á vuestro exámen, hallareis ciertísimamente los medios de mejorar el estado actual de nuestra asociación. Mucho se aparta este estado de aquellos años de 1871 y 1872, que fueron los grandes días de la Juventud Católica; pero como la fé no ha decaído del todo, y como vuestros propósitos son los mismos, al fin lograreis reverdecer para siempre las dichosas palmas entonces alcanzadas. No buscan ruidosos triunfos las asociaciones católicas, sino que, encaminadas á conseguir lo estable y permanente, paso á paso y por el camino de la adversidad, llegan al fin á la alta cumbre. Desde allí mirará algún día la Juventud Católica los

beneficios que sobre la haz de la tierra ha derramado, y desde allí entonará gozosa el himno de su agradecimiento al Tolopoderoso.

En la discusión de los proyectos referidos, mostrareis palpablemente cuánto importa mantener el espíritu católico en el logro feliz de grandes empresas. No ha de moveros de cierto la ambición que todo lo avasalla, ni la intolerancia que todo lo corrompe, ni el loco anhelo de hacer triunfar á toda costa y como indefectiblemente buenas las propias opiniones; antes bien, serán vuestras tareas como fraternales coloquios en que se busca é indaga con unión admirable la verdad y el bien.

¡Dichosos vosotros, si así lo haceis! ¡Dichosa también la asociación que cuenta con semejantes directores! ¡Honra grande la mía nacida de este puesto á que subieron á mi pequeñez no sé que circunstancias!

Jóvenes católicos, mis hermanos, inspírenos Dios en esta grande obra hoy inaugurada.

Cuando mañana asistais á la santa Misa que un Sacerdote dignísimo ha de celebrar para atraer sobre nuestras cabezas el favor divino, acordaos de que todos somos hijos de la misma amorosa y Santa Madre, y de que para su servicio y defensa nos congregamos. Sople entonces sobre nuestros corazones el espíritu de cristiana concordia; enardezca nuestro valor la fé en Cristo y en su Iglesia; aliéntenos la

esperanza de que acaso se halla en nuestras manos la salvacion de la pátria, y seguro es que al volver á este recinto para empezar las obras académicas, el acierto en todo será nuestro premio.

SECCION DE VARIEDADES.

LOS PAPAS NACIDOS DE FAMILIA HUMILDE.

Si los que tanto hablan de democracia buscaran la verdadera, no blasfemarian ciertamente de la Iglesia católica, fundada por Nuestro Señor Jesucristo, que aparecía á los ojos del mundo como un pobre artesano, y predicada por doce pobres y humildes pescadores. Muchos pobres se han encumbrado en la Iglesia á grande altura, y algunos hasta el Supremo Pontificado. Veámoslo.

San Pedro, primer Papa, pescador pobre del mar de Tiberiades.

San Dionisio, de oscuro origen, y algun autor asegura que nació de ilegítimo matrimonio.

Juan XVIII, de muy baja extraccion.

Dámaso II, lo mismo que el anterior.

Adriano IV, hijo de un mendigo.

Urbano IV, el que instituyó la festividad del *Corpus*, hijo de un zapatero remendon.

Nicolao IV, General que habia sido de los Franciscanos, hijo de familia humilde.

San Celestino V, hijo de padres muy pobres y sobrecargados de familia.

Beato Benedicto XI, religioso dominico, tuvo por madre á una lavandera, á la cual no quiso recibir cuando se la presentaron lujosamente ataviada, reconociéndola cuando se vistió con el traje humilde de su clase y condicion.

Juan XXII, hijo de un ropavejero. Tuvo por sucesor inmediato á su propio sobrino.

Benedicto XII, hijo de un molinero. Presentado ante él su mismopadre, no quiso reconocerlo hasta que le vió vestido de molinero, y no le dió mas dinero que el necesario para comprar una muela.

Bonifacio IX, de familia muy pobre, se trasladó á Roma á probar fortuna, y llegó á ser Papa.

Alejandro V, de tan oscuro limite, que ni aún conocia á sus padres, ni sabia dar mas razon de sí mismo que el haberse mantenido pidiendo limosna en su niñez.

Nicolao V, hijo de una mujer que vendia gallinas y huevos.

Sixto IV, hijo de un pescador, y él pescador tambien en sus primeros años, hasta que vistió el hábito de franciscano.

Adriano IV, hijo de un carpintero de buques.

San Pio, pastor de ovejas hasta que vistió el hábito de dominico.

Sixto V, hijo de un jornalero; fué guardador de cerdos hasta que vistió el hábito de franciscano.

CAPRICHOS DEL LENGUAJE.

Si por los efectos hemos de juz-

gar de las causas, debe ser el uso la deidad más caprichosa; y si esto no es verdad, Horacio dijo un desatino cuando aseguró que el uso es quien tiene el derecho de fijar, y quien de hecho fija, el humano lenguaje. El cual es, en efecto, lo más caprichoso que se conoce entre todas las cosas humanas.

Vayan ustedes viendo algunos ejemplos.

«Estar durmiendo y estar dormido,» significa la misma cosa. Pues ahora explíquenme Vds. por qué no se ha de poder decir con igual propiedad: «estar roncando y estar roncado.» Los dos son verbos intransitivos y expresan fenómenos del mismo orden.

Aplíquese ahora esa locucion á cualquier verbo activo, y toparemos con frase expresiva de hechos tan varios, como por ejemplo: «estar apaleando y estar apaleado.»

Pero aquí de la inconsecuencia del lenguaje, que, mientras expresa dos estados del sér tan evidentemente diversos, como lo son el dar ó el recibir palos, tiene la audacia de poner entre los medios de que un hombre viva sano, fuerte y orondo el «estar bien comido y bien bebido.»

¿De dónde ha salido llamar «comedor,» no precisamente al hombre que ejecuta la acción de comer, sino al que come demasiadamente? Y ¿por qué se llama «comedor» también al lugar en que el hombre come, sea con sobriedad ó sea con exceso, y no «merendador» sino «me-

rendero,» al sitio en donde se merienda? Si «merendero,» ¿por qué no, también, «comederro?» Si «comedor,» ¿por qué no también «merendador?»

Aquí el lenguaje ha tenido el siguiente capricho: llama «comederro» al sitio donde comemos los hijos de Adán, y «comedor» al comedor de los demás animales.

Y ¿por qué se burla de tantos infelices séres con el sarcasmo de llamar «rabones» á los que no tienen rabo, y «pelones» á los que no tienen pelo?

¿Por qué «guapo mozo» significa lo mismo que «mozo guapo» mientras el caprichoso lenguaje hace posible que medie todo un abismo entre «un hombre gentil» y un «gentil-hombre?» ¿Por qué en el juicio de conciliación llama «hombre bueno» al mismo á quien en la calle no se atreve á llamar «buen hombre?» ¿Por qué llama «hombre pobre» al que no tiene dinero, y «pobre hombre» al que no tiene chirumen, y más comunmente al que tiene vergüenza?

Los caprichos del lenguaje tienen la culpa de que cualquier pelafustan pueda, por arte de birlibirloque, pasar de «cabo segundo» á «segundo cabo.»

Todos los verbos irregulares son otros tantos caprichos, y en este punto la audacia del lenguaje es tal, que precisamente al verbo de los verbos, al sustantivo por excelencia, al verbo «ser» es al que más ha desfigurado con irregularidades, etc.

Y, sin embargo, ahí le tienen Vds. lleno de miedo ante el verbo, por ejemplo, «abolir,» no sabiendo ni áun empezar á conjugarle, por no verse en la inevitable alternativa de decir «yo abolo» ó «yo abuelo.»

Ya que tuvo lógica para llamar «postres» á lo último que se come, ¿por qué llama «principios» á lo penúltimo?

Si un hombre casado de buena ropa puede, sin deslucirse, decir «mi mujer,» no sé yo por qué en cualquier mujer casada de buen pelaje seria una patochada decir «mi hombre.»

Si «escobero» es el que fabrica escobas, ¿por qué no es «cochero» sino el que guía coches? ¿Por qué es «bracero» el que en lugar de hacer brazos destroza los suyos?

Dos meses de plazo doy á cualquier antagonista para que me diga qué tiene que ver un «ánima» del Purgatorio con el hueco de un cañon; y por qué, si podemos rezar á cualquier hora por «las *almas* del Purgatorio,» no hemos de poder hacerlo, porque así lo quiere el caprichoso lenguaje, sino al «toque de *ánimas.*»

Y ¿por qué el lenguaje científico dice que tú y yo somos dos «animales,» y si yo te digo que eres tú «un animal,» me expongo á que me rompas el alma?

A tomar un «café» entra en el café un señorón más viejo que un palmar; sirvele un camarero que peina canas há muchos años; pues

bien, el lenguaje comun ha hecho del «camarero» un «mozo» perdurable y del parroquiano un «señorito» eterno.

Que á la «partera» la llamen «comadre,» se puede bien aguantar; pero que cuando es varon el que hace aquel oficio le llamen «comadron» y no «partero,» parécenos una masculinizacion de nombre muy caprichosa.

¿Por qué «mendiga» y no «testiga?» Y si la mujer del «coronel» es «coronela,» ¿por qué la del «cabo» no ha de ser «caba» y la del «tambor» «tambora?»

Y si la hembra del burro es «burra» y la del perro es «perra,» ¿por qué la del caballo no es «caballa» y la del toro «tora?»

Echense Vds. á averiguar por qué de monje sale «monja,» y por qué de fraile no sale «fraila.»

Las «chaquetas» de nuestro abuelo son, cuando menos, dos; pero los «pantalones» pueden no ser más que uno. Y preguntamos: ¿por qué el saco donde encerramos nuestros dos brazos es siempre singular, y el en que encerramos las dos piernas es plural.....?

La lista de estos caprichos pudiera ser interminable. ¡Oh, si supieran Vds. qué aplicaciones tan graves se pueden hacer de semejante falta de lógica! ¡Si yo tuviera tiempo y libertad para decirles algunas de las que me están ocurriendo! Pero aquí me asaltan varios caprichos del lenguaje, demostrándome la posibilidad de estar «como tres en un

zapato,» y en riesgo de que me pongan, á poco que me deslice, como «chupa de dómine» ó como «ropa de páscoa.»

A no ser por este justo temor, yo pediría explicaciones de por qué á una misma y sola entidad cabe designarla indistintamente con nombres tan diversos como son «buena sociedad, *Córte de los Milagros*, presidio suelto y Casa de Tócame-Roque.» De buena gana preguntaría también por qué el lenguaje usual extrema su capricho hasta el punto de llamar «hombre de bien» al que no roba pañuelos, ni se emborracha con vino peleon, ni juega al *mus* en la taberna. Y por qué «casa respetable» no significa ya el domicilio donde reinan las virtudes, sino el del comerciante que tenga el riñon cubierto, aunque lleve desabrigada la conciencia.

En buen hora diga el lenguaje que el barberillo de portal «ha salido una brava pieza,» y mejor todavía que «ha salido de presidio,» pues el ejercicio que trae no es para ménos; pero decir que «ha salido diputado,» me parece un extraño abuso de sintáxis.

Confesemos, en cambio, que á veces la caprichosidad del lenguaje presta ciertos servicios á la decencia pública, por ejemplo; cuando llama «despacho de vino» á lo que nuestros padres llamaron «taberna;» ó bien, «fabricante de calzado,» á lo que antes llamábamos «maestro de obra prima;» ó «matrimonio civil,» á lo que antes se

apellidaba con el feo nombre de «amancebamiento;» y «partidos militantes,» á colectividades que algun tiempo se llamaron «partidas de malhechores;» y «hombres públicos,» en fin, á lo que se expresaba años atrás con la frase mal sonante de «mujeres públicas.....» Etc., etc.

GABINO TEJADO.

(*Ilustracion Católica.*)

SECCION DE NOTICIAS.

L' Univers publica el siguiente telégrama de Roma:

«Roma, 3 de Abril.—Acaba de llegar una comision de peregrinos polacos, en donde están representadas las diócesis de Leopold, de Kamenetz, de Zitomir, de Premisl, de Tarnow, de Cracovia, de Possen y Gnesen y de Varsovia.

La comision está compuesta de treinta miembros, pertenecientes á todas las clases de la sociedad y á todos los ritos. Se notan con emocion dos sacerdotes y un paisano, escapados de Siberia.

Llevar un Mensaje con 100.000 firmas, que es una admirable manifestacion de la nacion polaca y de su fidelidad á la Sede Apostólica.»

—La *Mntagoszeitung*, órgano de los altos círculos de Berlin, asegura que Bismark piensa en destituir de su cargo en Roma á M. de Kendell y reemplazarle por un personaje que no tenga que reprocharse la actitud altiva de M. de Kendell con la «curia romana.»

El *Montagsblatt* dice que M. de Radowitz, buen católico, será encargado de dar los primeros pasos para un arreglo con la «curia romana,» pero bueno es no aceptar esta noticia más que con reserva.

—El *Univers* publica el siguiente telegrama de Roma:

«Los comentarios de la prensa revolucionaria acerca de la contestación del Cardenal di Pietro á la Alocucion del Soberano Pontífice, han excitado un disgusto general.

De orden del Vaticano, el *Osservatore Romano* publica un comunicado relativo á esas inconvenientes y mentirosas interpretaciones.»

—Hé aquí, según la relación de un periódico protestante, cómo monseñor Foster, Obispo de la secta metodista, se expresó últimamente en un discurso pronunciado en Boston:

«Experimento, dijo, profunda veneración por los católicos romanos, lo mismo que por la Iglesia católica romana; y este sentimiento aumenta cada vez más á medida que voy envejeciendo. No pienso que nos sea permitido criticar á los católicos, antes de que podamos desplegar un celo, por lo menos igual al suyo, en el servicio del Divino Maestro.»

—Garibaldi ha escrito la siguiente carta á Cairoli, presidente del Consejo de ministros del rey Humberto:

«Mi queridísimo Cairoli: Dejad graznar, y continuad impávido

vuestra misión salvadora.—Vuestro, G. Garibaldi.»

La carta es digna de Cairoli y de Garibaldi.

—El *Moniteur Universel* nos dice lo siguiente acerca de la bigamia de Crispi:

«El ex-ministro de lo interior ha contraído matrimonio en 1845 con una siciliana; en 1854, viviendo esta mujer, se casó en Malta con la lavandera siciliana, cuyos recursos pecuniarios le habían de ser tan útiles en el tiempo de su destierro. Esta segunda unión es, pues, legalmente nula; después murió su mujer legítima, recobrando Crispi su libertad. Por lo tanto, el matrimonio que ha contraído hace tres meses en Nápoles con la condesa Barbagallo es válido. Cuanto al crimen de bigamia, cometido en 1854, la prescripción impide toda persecución judicial.»

Resumen de las materias que contiene este número:

SECCION DOCTRINAL.—*Lo que sucede*, por el Sr. D. A. Soriano y Barragan.—DOCUMENTOS IMPORTANTES.—*Carta de Su Santidad Leon XIII al emperador de Rusia.*—*Contestacion del emperador.*—*Discurso leído en la segunda asamblea general de la Juventud católica de Madrid*, por el Sr. D. Juan Catalina y García.—SECCION DE VARIEDADES.—*Los Papas de familia humilde.*—*Caprichos del lenguaje*, por D. Gabino Tejado (de la Ilustración católica.)—SECCION DE NOTICIAS.

CÓRDOBA: 1878.

Est. tip. LA ACTIVIDAD,
Liceo, 41.

